

Juan
Villa

El año
de
Malandar



Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

La carpa de oro, CHARO PRADOS



Licenciado en Filosofía y Letras y profesor de instituto, Juan Villa es autor de los libros *El lobito* (1998), *Última estación* (1999) y *Crónica de las arenas* (2005). Columnista en prensa diaria, ha publicado también artículos de crítica literaria y de arte en periódicos y revistas.

www.parentesiseditorial.com

Fragmento de muestra de *El año de Malandar*

«Era el mejor y el peor de los tiempos, una edad de sabiduría y de necedad, una época de creencia y de incredulidad, un momento de luz y de tinieblas, la primavera de la esperanza, el invierno del desaliento, todo lo teníamos ante nosotros, nada teníamos ante nosotros.»

Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*

«Debemos señalar que la extrema antigüedad de nuestra historia se debe a que se desarrolla antes del gran vuelco, del gran cambio que hizo tambalearse hasta los cimientos de nuestra vida y de nuestra conciencia...»

Thomas Mann, *La montaña mágica*

«Hay que hablar –pensó el poeta–. Hay que decir algo antes de que llegemos a enloquecer. Algo, lo que sea.»

Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante*

PRELUSIÓN

Aunque no me pegue por mi oficio, no sé si por imaginativo o por medroso, soy algo asustadizo. Acababa aquella tarde de llegar del trabajo y, mientras estaba cerrando el *Land Rover*, oí algo así como un jolgorio que parecía venir del interior de la iglesia, casi frontera a mi casa, quebrando el silencio con el que hace años comparto la totalidad del censo de El Majadal. Caían, ayuntadas, una lluvia flemática y la tarde repentina, urgente de noviembre y, tras el velo de agua y el crepúsculo, apenas se veían más que sombras a pocos metros de donde me encontraba. Los ruidos, los gritos, los cánticos me llegaban con eco, abovedados.

Con cierta aprensión, anduve el breve trecho que me separaba del lugar del que provenía la algarabía. En esto veo cómo por la puerta de la sacristía –que yo meses antes tapiara con ladrillos en sustitución de las cuatro tablas podridas en las que se había convertido su única hoja– salía una tromba de espantajos, que casi me atropella, ataviados con atuendos talares: albas, casullas, roquetes, cíngulos arrastrados por el barro, y lanzando pliegos de papel y libros a las alturas como los antiguos padrinos de los bautizos tiraban puñados de monedas al aire: ¡Un aquelarre de enanos! fue lo primero que se le vino a ocurrir a mi fantasiosa sesera.

Me amilané. Los nacidos en el seno de la Santa Madre Iglesia, peor que mejor, llegamos a perder la fe, mas nunca ese repelucos ante sus símbolos, esa cosa malsana grabada a fuego

en nuestros más cándidos rincones. La visión de los hábitos sagrados mancillados por el ludibrio y el barro era demasiado fuerte para alguien educado en la promesa del fuego eterno, en la segura venganza de la Justicia Divina. Aquello estaba entre el carnaval y el sacrilegio, entre un cuadro de Solana y una de esas imágenes sepia de destrucción de edificios religiosos que nos legó la prensa de los años treinta y las viejas cintas que hoy nos pasan en los documentales de televisión.

Todo eso y más se me vino de golpe. Muy alterado, pero sobreponiéndome por aquello de ser autoridad, grité a los aparecidos que, sorprendidos al verme –más probablemente por mi gorra y uniforme–, empezaron a despojarse de los pingos cabeza abajo sin dejar de danzar y de entonar una especie de canto gregoriano bufo hasta quedar en lo que eran: un grupo de chiquillos de un campamento cercano que había pasado una tarde gloriosa en aquel templo detenido un cuarto de siglo atrás.

Fui recogiendo uno a uno los libros, papeles y ropajes embarrados y los devolví a su sitio. En efecto, los campistas o quizás antes otros –aquella puerta no se veía desde mi casa y yo hacía tiempo que no me acercaba por allí– habían desbaratado mi endeble trabajo de albañilería y franqueado la entrada al edificio.

Lo cierto es que hacía más de un año que al descubrir el deterioro de la puerta de la sacristía y que algunos animales estaban instalando allí sus guaridas –sobre todo gatos; amén de los seguros ratones y ratas y algunos nidos de pájaros–, había escrito al obispado para informarle de la situación y de la existencia de una enorme cómoda llena de ropas litúrgicas, estanterías con libros y documentos y una alacena con cajas y un baúl a los que por ahora sólo la humedad, pero pronto animales y humanos, se empeñaba en arruinar; aparte de un San José, una Virgen de Fátima y un Vía Crucis, todos en escayola de un rechinante colorido barroco andino, y dos docenas de bancos de madera de eucalipto rojo, que era lo que quedaba de los antiguos sagrados enseres de la otrora celebrada capilla de El Majadal.

Ni recibí contestación ni apareció cura alguno por allí para interesarse, o al menos yo no lo vi. Pasado un tiempo, y aunque no era misión mía, ya que las edificaciones del poblado están fuera de mi jurisdicción, opté por tapiar, como dije, el hueco de la puerta que se estaba cayendo a pedazos.

Después del extravagante e impío susto de los traviesos campistas, escribí de nuevo al obispado, pero esta vez, en vez de tapiar, saqué lo que pude y lo puse a resguardo en mi propia casa hasta que se resolviera el asunto. Los papeles, las cajas y los libros los apilé en un trastero. Y aunque soy algo descreído, lo cortés no quita lo valiente, así que a las imágenes quise darles más digna ubicación. En un ángulo de la cocina, que es una pieza amplia, coloqué a la Virgen de Fátima –si, como decía Santa Teresa, Dios también está entre los pucheros, no debe ser este lugar extraño para su Madre–, y a San José, quizás por ser varón e imponerme menos, quizás por esa condición de personaje de atrezo que asume en la Historia Sagrada, tan dócil entre los formidables Hijo de Dios y su Madre y tanto apóstol relumbrón, y que me lo hacen tan simpático, decidí que me acompañara en el salón, suplementando su exigua peana con el baúl que estaba en la alacena de la sacristía, ya que el hombre es más bien bajito.

No sabría decir si por educación o por cierto malsano desdén o por pura soberbia, pero nunca he sido especialmente cortilla, escudriñar tras posibles bajezas, curiosear en lo ajeno sin licencia explícita me resultó siempre hábito de zafios. Así que ni leí un solo papel ni abrí un solo cajón tras acomodar aquel botín pasajero en mi vivienda, aunque debo reconocer también que en ningún momento pasó por mi cabeza la posibilidad de que entre aquella sacra quincallería hubiera algo que pudiera interesarme.

Llevábamos San José y yo muchos meses de plácida convivencia y cortés respeto a nuestros espacios –el suyo el baúl-peana, el mío el resto de la casa– cuando un amigo pintor vino a instalarse una temporada conmigo con idea de pasar a sus lienzos aquellos paisajes de la desmemoria antes que el tiempo definitivamente los devorara.

Compartíamos la pasión por la pintura, la literatura y el *bourbon*, y en alas de estas tres gracias andábamos una noche cuando Adolfo, el pintor, reparó en el candado que, abrazando dos cáncamos, cerraba el baúl desde el que San José, nuestro convidado de escayola, nos miraba con esa algo bobalicona expresión de asombro que lucen los santos baratos.

Liberado yo por el güisqui de mis escrúpulos y careciendo al parecer Adolfo de ellos, bajamos a San José de su trono interino y con el extremo del atizador del fuego hicimos saltar los cáncamos que cedieron dócilmente. Allí y así comenzó todo.

Mi nombre es Francisco, Paco, aunque todo el mundo me conoce por Azorín, no porque tenga relación real o metafórica alguna con el maestro de la pulcritud y la concisión –interpelación que vengo padeciendo desde que tengo memoria y explicando que del insigne escritor, lo de Azorín era sólo seudónimo–, sino porque es realmente mi apellido, qué le vamos a hacer. Después de abandonar apenas comenzada lo que por los sesenta se llamaba Filosofía y Letras, atravesé los Pirineos en calidad de prófugo, ejercí de algo como entre revolucionario y *hippie* en Suiza durante varios años, asistí a las universidades populares de aquellas civilizadas tierras y compartí el sueño de volver el mundo del revés. Cuando al fin el consumismo consumió todas las utopías, nuestro conspicuo dictador tuvo a bien dejar por fin este valle de lágrimas y mis desavenencias con el ejército español se resolvieron, decidí volver a mi tierra, Madrid, sin oficio ni beneficio y encima sin querer bajarme del burro; así que rechacé algunas razonables ofertas familiares y, tras sacar unas oposiciones para Parques Nacionales en el antiguo ICONA, me vine de guarda forestal a este lugar que ahora comparto con la destrucción y el olvido, con las indecisiones y las dudas de unos dignatarios que acuciados por los rápidos cambios parece que no terminan de sacudirse las telarañas.

En los primeros tiempos compartí El Majadal con un grupo de sus antiguos habitantes, resistentes que poco a poco fueron claudicando, unos por su voluntad, otros contra ella. Hoy vivo solo. Mi pasión por el lugar, que nació el día mismo que lo pisé, no ha decaído ni un ápice, y, tantos años después, puedo seguir afirmando que es lo más cercano al edén que se me ha dado a conocer. Gatos y libros me han hecho compañía, y el pasar elástico de las horas, sin rémoras ni urgencias; acaso no tan apartado en el fondo de lo que buscara cuando crucé los Pirineos camino del Norte. A estas alturas, sospecho que la vida no da para mucho más.

[IR A LA FICHA DEL LIBRO](#)

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**